

270
Por Manuel de IRUJO

12/6/53

El Cardenal Feltin, Arzobispo de Paris, ha presidido los oficios de la Fiesta de Dios en Notre-Dame y su procesión de velos y flores. La misma ceremonia ha tenido lugar en todas las restantes parroquias de la capital de Francia. Todos los niños de París han solemnizado sus Primeras Comuniones y, con ellos, sus padres y sus amigos.

En ese cuadro parisiense ha tenido lugar la Misa en las Arenas de Lutecia, enmarcadas por la RUE DE NAVARRE y organizada por los estudiantes del Barrio Latino. El Colegio de Navarra desapareció con la Revolución. En sus locales instaló Napoleón la Escuela Politécnica, tal como ahora continúa en función. Mas allí queda la calle de Navarra, recordando un pasado histórico en el cual nuestro país vivió con la lozanía de la cultura, del prestigio y del poder.

Son los estudiantes universitarios los que celebran en las Arenas de Lutecia, en el marco que encuadra la rue de Navarre, la fiesta de Dios en Paris. También, en otros tiempos, hombres eminentes cursaron sus estudios albergados por el Colegio de Navarra. Bossuet ingresó en sus aulas, el año 1642; Juan Charlier, conocido por Gerson, probable autor de la "Imitación de Cristo", fué admitido en su internado, en 1362; y, como ellos, Babelais, Nicolás Oresme, Nicolás de Clamanges, los Obispos Pierre d'Ailly y Juan de Courtecuisse, el Cardenal Richelieu, etcétera, etcétera. En el Colegio de Navarra se educaban los Delfines de Francia y los Príncipes de Navarra. Entre éstos, fué residente y alumno, siendo Príncipe de Viana, Enrique III de Navarra, que más adelante había de ser Enrique IV de Francia, cuyo cuarto centenario se celebra este año.

Tres conciertos han tenido lugar en la Santa Capilla de Pa-

rís, que forma parte del Palacio de Justicia, en obsequio y honor de ese Centenario, los días 8, 9 y 10 de Junio. La Santa Capilla, hecha de luz y de color, con sus vidrieras inmensas iluminadas, se convertía, en cada uno de los conciertos, en lugar de ensueño, de cadencias polifónicas, de proyecciones y contrastes insospechados.

El primer concierto evocó el recuerdo de Enrique IV, en la frase que se le atribuye: "París bien vale una misa". La música reproducida fué la de Cesbrón, maestro de capilla de aquel soberano, encargándose de su ejecución el conjunto musical de la Radiodifusión francesa, bajo la batuta de Marcel Couraud.

El segundo concierto estuvo a cargo de la Coral de Pamplona, dirigida por Morondo. Cantó como los ángeles. Vitoria no puede ser superado. Es posible que las producciones de música italiana, española, catalana y vasca, que cubrieron la segunda mitad del concierto, admitan competencia. En Vitoria parece imposible mejorar la ejecución. En la Santa Capilla está prohibido aplaudir. Nunca se ha faltado a esa consigna. El público resistió varias veces a la tentación. Olaz le hizo pecar. Y, perdido el respeto, aplaudió como se aplaude y vitorrea una apoteosis, con bravos abundantes y exaltados. La Coral se apuntó un éxito extraordinario. Cantaba -tal vez sin enterarse-, en honor de Enrique III de Navarra, trocado en París en Enrique IV de Francia, que es como le conoce la Historia. Ya había cosechado grandes éxitos en Royaumont, los días 6 y 7 de Junio, y le esperan otros más los días 13, 14, 20 y 21. Pero la verdad es que, interpretando a Vitoria, se superó. Morondo, que, al comenzar la sesión, hacía comentarios humorísticos con cargo a las cabezadas de sus espectadores al arrullo de las polifonías salmódicas de Vitoria, pudo darse cuenta de que, por esta vez -por esta vez, tan sólo-, el maestro se equivocó.

El tercer concierto de la Santa Capilla ha estado a cargo de

la Coral Yvonne Gouverné y la Orquesta Sinfónica de París, que han interpretado "Le Miroir de Jésus", de Capelet.

Francia y Navarra, como en el título real con que pasó a la Historia Enrique IV, han contribuido a mantener el triduo musical de la Santa Capilla, homenaje y recuerdo centenario dedicado al rey pacificador, al autor del Edicto de Nantes que puso fin -por entonces-, a la guerra religiosa,^y con el régimen de libertad de cultos llevó paz a la atormentada conciencia de Francia.

La Fiesta de Dios, en París, ha visto asociada a su celebración el nombre y el recuerdo de Navarra. La Fiesta de Dios, en Pamplona, de corte toledano, une al enunciado de la divinidad como imperativo forzoso, la exaltación de Franco y su "cruzada". Hubo un tiempo en el que podía evocarse el nombre de Navarra desde su suelo, asociado a las más altas invocaciones que a la humanidad le son otorgadas. Hoy, para hacer esa evocación con libertad y sin temor, hay que refugiarse en París. Navarra, la auténtica, la que creó la Corona pirenaica y la mantuvo en el curso de los siglos, está exiliada de Pamplona, como San Francisco Javier, sustituida por la efigie del "Caudillo" por la gracia de Dios, que lo llena todo, responsable ante Dios y ante la Historia, pero no ante Navarra.

x x x

Han escuchado ustedes la lectura de un artículo titulado "LA FIESTA DE DIOS Y NAVARRA, EN PARIS", escrito por nuestro colaborador *Manuel de Irujo*.